



Una grizzly hembra acompaña a sus oseznos por la pradera del parque nacional estadounidense de Yellowstone (en el estado de Wyoming), en una imagen tomada el pasado 6 de mayo. Abajo, Doug Peacock, en una foto de su colección particular, en una de sus expediciones para filmar el grizzly en su medio natural. JIM PEACO / EFE

«MIS AÑOS GRIZZLY» DOUG PEACOCK

Lo salvaje como vía de purificación

ES DIFÍCIL ENTENDER CÓMO RESULTA TAN FASCINANTE EL RELATO DE LAS INACABABLES, REPETITIVAS Y SUFRIDAS JORNADAS DE DOUG PEACOCK TRAS EL RASTRO DE LOS OSOS POR PARAJES DE MONTAÑA INACCESIBLES (PARA OBSERVAR AL ANIMAL EN SU HÁBITAT), PERO EL MILAGRO OCURRE Y EL GRIZZLY YA NUNCA SERÁ UN OSO CUALQUIERA PARA EL LECTOR. UNA AVENTURA DE LAS DE VERDAD

HÉCTOR J. PORTO | Cuando se toma el libro *Mis años grizzly* (1990) entre las manos lo primero que asalta es una cierta desconfianza, pese a la seriedad que acredita el sello Errata Naturae, ante la presentación del escritor —Doug Peacock (Michigan, 1942)— como un híbrido de Thoreau y Rambo. Pero cuando el lector va participando de la aventura vital y narrativa del autor, su odisea tras los osos por parajes inaccesibles, no solo comparte esta chocante afirmación sino que acaba envidiando las jornadas de torpe caminata por el estadounidense Parque Nacional de los Glaciares que el editor confiesa en el colofón de este bellísimo volumen. Que nadie se engañe, aquí no hay literatura, aquí hay verdad, un relato auténtico que enfrenta al lector con la realidad de la naturaleza salvaje, que siempre pone al hombre en su sitio, ante su propia pequeñez. La narración de Peacock es una lección de modestia y de amor por los

animales, que contagia con una fuerza arrasadora y adictiva. Su canto a lo indómito y el riesgo es además una advertencia contra la muerte injustificable y masiva de animales tan magníficos como el oso, el lobo, el búfalo... que prácticamente han desaparecido del vasto paisaje americano en un programa sistemático —sumado a grandes dosis de irresponsabilidad e ignorancia— comparable al genocidio de los pueblos indios. Peacock se echa al monte en un intento un tanto atrabiliario de huir de la vida en sociedad y de lamerse los traumas y heridas sufridos en la guerra de Vietnam, pero en esa soledad termina por construir algo muy hermoso y lleno de valores que ya no se estilan. En esa huida hace suyos los problemas de los osos grizzly, y, por ende, se los traslada al lector, felizmente implicado en la poética y ecológica causa. A muchos la lectura les evocará el filme *El oso*, cuyo rodaje Doug Peacock asesoró.



«EL VELO DE ISIS. ENSAYO SOBRE LA HISTORIA DE LA IDEA DE NATURALEZA»
ENSAYO • Pierre Hadot • Traducción de María Cucurella Miquel • Ediciones Alpha Decay • 416 páginas • 24,90 euros

«EL VELO DE ISIS» PIERRE HADOT

Desvelando el secreto de la naturaleza

H. J. P. | Los métodos y planteamientos de Peacock, claro está, nada tienen que ver con los de Pierre Hadot (París, 1922-Orsay, 2010), pero los objetivos, si no van de la mano, sí son paralelos. Hadot trata de profundizar en el conocimiento de la naturaleza, pero lo hace no a través de la acción: lo suyo es

la reflexión sobre la idea que el pensamiento occidental ha modelado sobre la naturaleza a lo largo de la historia, desde Grecia hasta hoy. Aunque las herramientas son distintas, la empresa resulta de similar audacia: uno observa los osos desde las colinas de artemisa y otro visita el templo de

Artemisa de Éfeso en pos de los ecos de Heráclito. Hadot asume su aforismo «la naturaleza ama esconderse» y, a partir de él, emprende un apasionante viaje en el que intenta aproximarse al modo en que filósofos, científicos y poetas abordaron la metáfora, la idea del secreto de la naturaleza.

VAGALUME

CARLOS G. REIGOSA

Picasso.manía

O Grand Palais de París amosa desde o pasado 7 de outubro —e ata o 29 de febreiro— unha ambiciosa exposición titulada *Picasso.manía*, que explora o influxo do gran pintor español (que viviu entre os 9 e os 13 anos na Coruña) sobre a arte contemporánea posterior. É dicir, cen obras de Picasso fronte a case trescentos lenzos de 75 artistas que recibiron e recoñeceron o seu poderoso influxo na súa propia creación. Un diálogo que abarca toda a segunda metade do século XX, só con certa promediación de Marcel Duchamp.

Non é o meu propósito falar aquí da pintura de Picasso, senón da actitude artística do pintor, que influíu tanto como a súa propia obra. Esa actitude de home que busca e anova incesantemente, sen poder parar. El mesmo o deixou dito nalgunhas ocasións: «Cando din que non sei facer, de xeito que teño que aprender como facelo». E sobre todo cando reflexiona: «Vin que xa estaba todo feito. Era necesario rachar para facer a propia revolución e volver empezar de cero. Obrígueime a ir cara ao novo movemento. O problema é como pasar, como evitar o obxecto e darlle unha expresión plástica ao resultado... Todo isto é a miña loita por romper co aspecto bidimensional».

En fronte del, pictoricamente case que de xeonllos, aparecen obras de Andy Warhol, Roy Lichtenstein, David Hockney, Jean-Michel Basquiat, Maurizio Cattelan, etcétera, e as efusivas «declaracións de amor» de Jeff Koons, Frank Gehry, Agnès Varda, John Baldessari, Miquel Barceló. E tamén as prodixiosas reinterpretacións que outros creadores fixeron do *Guernica* e de *As señoritas de Avignon*. Setenta e cinco artistas compartindo con Picasso a idea de que «todo o que non ten un obxectivo por alcanzar, un resultado por conquistar, un enigma por resolver, un misterio por penetrar, non me interesa».

A exposición que lle dedicou este ano A Coruña a Picasso debería ser o punto de partida dunha recuperación que terminase por ofrecer nesta cidade unha mostra permanente do autor. Non en van A Coruña é unha das cinco cidades picassianas por excelencia (unha das cinco cidades onde viviu). As outras catro —Málaga, Barcelona, París e Antibes— xa teñen museos con obra súa. A Coruña non debía desbotar nunca esta lexítima ambición.